Master Negative Storage Number

OCI00042.15

Abelimart

Historia maravillosa de la hija

Madrid

[1894?]

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00042.15

Control Number: ADT-2319
OCLC Number : 29681081
Call Number : W 381.568 H629 v.2 HISMA
Author : Abelimart.
Title : Historia maravillosa de la hija del rey de Hungría / escrita por Abelimart ...
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 32 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CF

(CUATRO PLIEGOS.)



HISTORIA MARAVILLOSA

DE LA

HIJA DEL REY DE HUNGRÍA,

ESCRITA POR

ABELIMART,

quien la compuso para recreo y solaz de las gentes, sobre una breve referencia á un códice provenzal que dicen fué hallado entre ciertos papeles curiosos pertenecientes al famoso monasterio de San Cucufate del Vallés.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

HISTORIA MARAVILLOSA
DE
LA HIJA DEL REY DE HUNGRÍA.

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo el rey de Hungría, Clotaldo, quedó viudo y su hija la princesa Adalmira fué la mujer más hermosa del reino.

Es Hungría uno de los reinos más antiguos del Norte, conocido más generalmente por el país de los Magiares. En este reino vivió hace muchos años un príncipe llamado Clotaldo, que desde su juventud fué famoso por sus liviandades que le valieron la maldición de su padre. Muerto éste, subió al trono Clotaldo, y se casó con una hermosa circasiana que habia conocido en una de sus excursiones de caza. Pasada la luna de miel, el rey Clotaldo prosiguió con mas afán que antes sus cacerías y diversiones y dió la más mala vida que imaginarse puede á la reina su mujer. Para alivio de penas, Clotaldo se entregó por completo á las pasiones livianas, y en poco tiempo todos los arrendadores y colonos de las cercanías tenían motivos de agravio con el rey, pues Clotaldo, sin mirar respetos de ninguna clase, penetraba en las cabañas y en los caseríos y de grado ó por fuerza conseguía sus malvados propósitos.

Los súbditos de Clotaldo hubieran querido castigar las demasías del rey, pero el temor ahogaba sus agravios y el reino todo sufría resignado las atrocidades de aquel depravado monarca. La reina, que era muy virtuosa, se vió despreciada, y al ver el clamoreo de sus vasallos por los atropellos de su marido se acongojaba, y todo el día se lo pasaba llorando en su palacio. Clotaldo llegó á irritarse de los gimoteos de la hermosa circasiana, su mujer, y la encerró en un castillo almenado. Allí vivió proscrita la infeliz señora y le echaban los alimentos por una ventana muy alta, y de resultas de la humedad y la demacración contrajo una enfermedad muy grave. La reina, que estaba en cinta cuando Clotaldo mandó que la encerrasen, dió á luz en la prisión, entre unas pajas y sin

auxilio de nadie, una hermosa niña, que no veía retratarse en sus ojos la luz del cielo. La niña fué creciendo en la prisión y era un prodigio de belleza, y como el rey Clotaldo tenía prohibido á sus servidores y á los carceleros que le hablasen de la reina, ninguno se atrevia á decirle las angustias de la desventurada señora por temor de pagar con la vida su atrevimiento.

Así pasaron hasta tres años, ignorando Clotaldo el nacimiento de su hija, al cabo de los cuales la reina murió de pena en su prisión, y entónces comprendiendo los guardianes de la niña que muerta la reina habían cesado los motivos que habían sellado hasta entónces sus labios, determinaron dar noticia al rey de los sucesos. En efecto, un día se presentó ante Clotaldo el alcaide principal á participar el fallecimiento de la reina, y aquel corazón de hiena no se condolió del triste fin de la hermosa circasiana, para quien la elevación al regio tálamo había sido una verdadera desdicha. Cuando le dijeron que había quedado una princesita muy linda, llamada Adalmira, la negó por hija suya, y á las crueldades que realizó en vida de la reina agregó despues de muerta la infamia de insultar su memoria, suponiendo que Adalmira había sido engendrada de un modo bastardo. No se atrevieron á insistir los protectores de la princesita por miedo de que Clotaldo los castigase, y así se retiraron y la hija del rey creció entre aquellas buenas gentes como hija del último vasallo, con el sentimiento de saber quién era su padre y no tener el consuelo de abrazarle y poderse llamar hija suya. Adalmira, que desde un principio había sido un portento de gracias y perfecciones, fué desarrollándose prodigiosamente hasta el punto de que por toda Hungría era reconocida como la más hermosa, discreta y virtuosa del reino.

CAPÍTULO II.

Cómo el rey Clotaldo se enamora de su hija y pretende casarse con ella, y cómo Adalmira, conociendo que la hermosura de sus manos es la causa de su perdición, se las corta.

Creció la fama de la discreción y virtudes de Adalmira por todos los contornos, y un día que Clotaldo venia de una de sus correrías la vió en medio de un bosque y quedó suspenso ante la maravillosa belleza de la joven. El rey sintió renacer todas las malas pasiones que siempre le habían tenido esclavo de la carne y se propuso hacerse dueño de la virtud de Adalmira. La envió toda clase de

presentes y regalos, y ella, creyendo en su inocencia que el rey su padre había sido tocado por Dios en el corazón y que se proponía enmendar sus pasados yerros obsequiando á su hija para reconocerla y adoptarla públicamente como tal ante todos los altos dignatarios de la corte, recibió contenta y agradecida los regalos del rey, sin sospechar la intención malvada que envolvían. Viendo Clotaldo la buena disposición de Adalmira, avanzó en sus pretensiones sin el menor miramiento, y un día que ella estaba sola en su cabaña la persiguió de muerte, y lo hubiera pasado mal si Dios no hubiese acudido en su socorro enviándole en tan apurado trance un hermoso perro de las cercanías con quien Adalmira tenía la buena costumbre de compartir sus comidas. Conociendo el noble animal que su buena amiga corría un grave peligro, se abalanzó sobre Clotaldo, sujetándole por las ropas con tanta fuerza y tan grande insistencia, que lo hubiera pasado mal á no intervenir en favor suyo la hermosa joven, que devolvía bien por mal, siempre guiada por su corazón bondadoso. Agradecido el rey por la bella acción de Adalmira, y prendado de la hermosura de sus manos, que eran un prodigio de belleza por lo diminutas y bien formadas, determinó casarse con ella elevándola hasta su trono; pero la pobre niña en cuanto lo supo se afligió en extremo por lo monstruoso de aquella unión, siendo como era hija de Clotaldo y esperándola el triste fin que había tenido su desgraciada madre, por cuya razón, negándose á los designios del rey, provocó su ira. En tal apuro, la pobre Adalmira no sabía qué hacer, y el rey, que á todo trance quería hacer de ella su esposa, hizo todos los preparativos necesarios para la boda, y mandó que en señal de regocijo público recorriesen las calles de la ciudad músicos tocando chirimías y pífanos. Ya sólo faltaba la presencia de los altos dignatarios en la ceremonia y todo estaba preparado para el himeneo. Adalmira, rodeada de sus doncellas, lloraba á lágrima viva mientras la estaban adornando para aquella ceremonia, que debiendo satisfacer tanto á cualquiera otra mujer, á ella no le servía más que de pesar y duelo. Conociendo que la causa de la súbita pasión del rey era la belleza de sus manos, la cuitada joven no pensaba más que en el modo de afeárselas; pero de pronto tuvo una secreta inspiración, á fin de merecer el horror de Clotaldo é impedir aquel matrimonio tan monstruoso, y fué que siendo las manos la causa de su perdición, cortándoselas cesaría todo el peligro de que su padre se casase con ella.

Con un pretexto despidió á sus doncellas y poniendo por obra

su pensamiento, se arrodilló contritamente ante una imagen de la Virgen de las Angustias, prometiendo de todo corazón encerrarse en un convento si salia con bien de tan apurado lance. Luego, realizando su intento, cogió un cuchillo muy afilado, y de un soberbio tajo se cortó la mano izquierda y colocó la derecha sobre el quicio de una ventana que al cerrarse con un esfuerzo de Adalmira descoyuntó por completo la muñeca, siendo separada con poco trabajo. En cuanto la valerosa joven se vió sin manos dió grandes alaridos, al ruido de los cuales acudieron sus doncellas y quedaron horrorizadas ante el rudo heroismo de Adalmira; pero ella, haciéndose superior á sus atroces sufrimientos, ordenó á sus doncellas que colocasen las cortadas manos en una bandeja de plata y se la pusieran sobre los brazos, y con tan preciada carga se dirigió á la cámara de Clotaldo, que estaba rodeado de todos los magnates de su corte esperando la llegada de Adalmira para dar principio á la ceremonia de la boda. Un grito de horror se escapó de todos los labios, y Clotaldo, montando en ira, quiso matar á la pobre niña; pero conteniéndose, despidió á todos los dignatarios y se encerró en su cuarto á devorar la rabia y discurrir el medio de vengarse de Adalmira, que por no entregarle su mano de esposa había deshecho sus planes cortándose entrambas manos. Dió orden de que aquellos despojos fuesen echados á los lobos, y de que fuese encerrada Adalmira en el castillo donde pereció la pobre reina anterior, la hermosa circasiana, hasta que fijase el destino que reservaba dar á la infortunada niña.

CAPÍTULO III.

En que se refiere cómo irritado Clotaldo de la burla de Adalmira, manda meterla en una lancha y abandonarla sola en medio del mar, y las demás curiosas cosas que se verán.

Despues de algunos días que fueron pasados, y cuando ya todo el mundo creyó que el rey Clotaldo había olvidado la extraña aventura que relatada queda, se recibió con sorpresa la noticia de que el rey había ordenado que sacasen de su prisión á Adalmira y la llevasen á las orillas del mar. Lejos de haberse calmado la irritación de Clotaldo, lo que sucedió fué, que ansiando vengarse de la pobre joven, discurrió la manera cómo la haría pagar la burla y que recibiese una muerte larga y dolorosa. Al efecto, aquel malvado discurrió meter á Adalmira en una lancha y llevarla mar

adentro abandonándola á su suerte, con orden expresa de todos los pescadores y marinos de su reino de no socorrerla ni salvarla bajo pena de la vida. Sacada Adalmira de su prisión le fué comunicada la feroz sentencia de Clotaldo; todos los siervos y gente pobre del país lloraban amargamente pensando el triste fin que le estaba reservado á la infeliz princesa, mucho más desgraciada que su madre, por cuanto iba á estar á merced de los temporales y á servir de pasto á los buitres ó á los mónstruos de la mar. Cumpliéndose aquellas bárbaras disposiciones, Adalmira fué amarrada á un madero que salía del centro de la lancha, sin poderse mover, y vigilada por los soldados de Clotaldo fué introducida en alta mar y allí abondonada á su suerte.

Crueles fueron los sufrimientos por que tuvo que pasar la desventurada princesa, expuesta de aquel modo á los rigores del sol, á la furia de los vientos y á todos los horrores imaginables del hambre y de la sed; pero Dios, que vela por las criaturas piadosas, oyó los ruegos de la pobre Adalmira, y al cuarto día de su abandono vió á lo lejos un bulto pequeño que á intervalos aparecía y desaparecía entre las olas aproximándose cada vez más. Era el hermoso perro con quien Adalmira había tenido el buen corazón de compartir sus comidas y que ya una vez la había salvado de los atropellos de Clotaldo. El pobre animal llegó jadeante y rendido hasta la frágil embarcación de Adalmira, y sin poder apenas meterse en la lancha, se dejó caer rendido en el fondo de ella á los piés de la joven, sin fuerzas para nada, pues había estado nadando sin cesar muchas horas en busca de su cariñosa compañera, á quien había echado de menos. Digno ejemplo que prueba cómo los humanos tienen á veces el corazón más duro que las piedras, y no valen lo que uno de estos agradecidos animalitos, que sin otro móvil que el cariño hácia sus amos, arrostran toda clase de peligros sin más afán que el de participar de sus cuitas. Adalmira sintió regocijársele el corazón á la vista de su fiel compañero, que rendido por la fatiga se hallaba postrado en el fondo de la débil barquilla, mirándola de hito en hito como suplicando que le dejara descansar. Cuando el noble animal se hubo repuesto de su largo viaje por el mar y recobró sus abatidas fuerzas, trató de desligar á la desventurada princesa, mordiendo las cuerdas que la tenían sujeta al madero hasta romperlas, lo que logró por fin, dando libertad á la triste hija del pérfido Clotaldo, la cual, arrodillándose en la lancha, dió gracias á Dios por la merced que le había concedido escuchando sus fervientes plegarias.

Despues de varios dias de recorrer la mar en todas direcciones, impulsados por los vientos, sufriendo los tormentos del hambre y viéndose precisados á apagar la ardiente sed que los devoraba bebiendo el agua salobre del mar, Adalmira y el perro tropezaron con una flotilla de pescadores, que maravillados de aquel extraño encuentro acudieron en su socorro con alimentos y toda clase de consuelos. Adalmira les refirió su triste historia, con lo que creció más y más la admiración de aquellas buenas gentes, quienes á su vez dijeron estar al servicio del noble y esforzado conde de Provenza, que vivía en Marsella descansando de sus guerras con los infieles, entregado al ejercicio de buenas obras, pues socorría por su mano á cuantos pobres se le acercaban. Gran placer recibió Adalmira con todas estas noticias, y los pescadores se la llevaron hácia Marsella con ánimo de referir á su señor el conde la historia de la infortunada princesa, á fin de que la socorriese y ayudase en sus menesteres, y entre tanto la dieron albergue en compañía del perro en sus pobres cabañas, siendo recibida con el mayor agrado por todas aquellas caritativas gentes y extendiéndose la nueva de sus cuitas por toda la comarca, con lo cual acudieron á visitarla muchas personas que la socorrieron á porfía compadecidas de su desgracia, doblemente lastimosa considerando su juventud, su hermosura y la falta de sus dos manos que la impedían ganarse el sustento.

CAPÍTULO IV.

De cómo el conde de Provenza se enamora de Adalmira, y sabiendo que era hija del rey de Hungría manda caballeros suyos que lo averigüen y se la pidan.

Corrió la nueva, como decimos, por todo Marselle del encuentro de Adalmira; y el conde de Provenza, noticioso por sus servidores de la triste historia de la joven, determinó el visitarla para oir de sus labios el relato de sus cuitas. Maravillado quedó ante la rara hermosura de la joven, y salió encantado de su discreción y gracia. Ella le refirió detalladamente todos los pormenores de su historia, así como la de su pobre madre la reina de Hungría, y cuando llegó al relato de las manos, que tuvo que cortarse para que Clotaldo, su padre, la rechazase por esposa, se le saltaron las lágrimas al noble y caballeroso conde de Provenza, que guiado por los más puros é hidalgos sentimientos, y en atención á ser Adalmira princesa de la sangre real de Hungría, determinó alojarla

convenientemente en su palacio, dándole los mejores aposentos de su castillo para que allí viviese como correspondía á su noble rango, y poniendo á sus órdenes la servidumbre necesaria de doncellas y criadas que la cuidasen, y mandando que al perro que tanto había contribuido á la salvación de la joven, se le señalase una ración extraordinaria como premio á su heroismo, y se le pusiese un collar de plata con un letrero en que se hacían constar sus méritos.

El noble conde de Provenza sintió nacer en su corazón por Adalmira un sentimiento de admiración, que poco á poco se fué convirtiendo en amor, de tal manera, que su pasión le quitaba el sueño y andaba meditabundo y cabizbajo entregado á sus amorosos pensamientos. No pudiendo sustraerse á su pasión, mandó caballeros á la corte del rey Clotaldo, con encargo de averiguar todos los extremos de la historia de Adalmira, y que en el caso de que resultasen ciertos, se presentaran al rey y se la pidiesen para esposa suya. Partieron los caballeros con el encargo, y entre tanto el conde participó á su madre lo que pasaba y el amor que por Adalmira encerraba su pecho; pero aquella orgullosa señora, lejos de aplaudir el caballeroso sentimiento de su hijo el conde, le apostrofó por haber descendido hasta el extremo de enamorarse de una aventurera, pues por tal tenía á la pobre princesa Adalmira, y no solo reprobó sus proyectos, sinó que le amenazó con maldecirle si persistía en ellos. Aterrado quedó el conde ante la amenaza de su madre, pero no por eso desistió de sus propósitos, antes al contrario, se afirmó más y más en ellos, y mandando recado á Adalmira de que quería hablarla, le pidió una cita, que le fué concedida por la bella joven con el mayor agrado. El conde todo turbado refirió á Adalmira el amor que devoraba su pecho, y ella toda confundida de gratitud rompió á llorar de alegría, pues tambien amaba con locura al conde de Provenza, pero juzgando que su pasión por él era un sueño irrealizable, había sufrido en silencio las torturas de su corazón.

Mucha alegría causó al conde el descubrimiento del amor de Adalmira, pero para no entristecerla le ocultó las amenazas de su madre y le prometió que sería su esposa. Adalmira se lo agradeció mucho y dijo que se consideraba indigna de tal merced, pero el conde no le consintió que así lo creyese, puesto que era hija de Clotaldo y corría por sus venas la sangre de los ilustres reyes de Hungría. Fué creciendo más y más el amor de estos ilustres jóvenes y la más grande felicidad inundaba sus corazones. Adalmira no cesaba de dar gracias á Dios por el inmenso bien que la hacía de-

parándola el amor de aquel hermoso y noble caballero, que no contento con haberla salvado de la miseria y de haberla alojado en su casa, la honraba hasta el extremo de quererla para esposa, en lo cual su amor hácia el conde se convirtió en idolatría. Aun cuando el conde no la había dicho nada de la embajada que había mandado al rey Clotaldo, ella lo supo por una de sus doncellas, así como también que la madre de su bien amado no veía con gusto aquellas relaciones de su hijo con la que se le figuraba aventurera. Por esta razón, Adalmira esperaba con sobresalto el regreso de los embajadores del conde, porque si Clotaldo negaba el consentimiento que se le pedía y además declaraba no ser Adalmira hija suya, todos sus bellos pensamientos tan tiernamente acariciados se desvanecerían como el humo en el aire. A la verdad, si Adalmira abrigaba aquel fundado temor, no era porque el conde de Provenza desistiese de casarse con ella, sino porque creyese que lo había engañado contándole una historia falsa y se figurase que pagaba con la más negra ingratitud las grandes mercedes que de él habia recibido.

Estos temores la hacían sufrir mucho y se pasaba las noches llorando su desgracia, y tanto pudo en su ánimo la certeza de que Clotaldo destruiría de un golpe toda su felicidad, que no podía desechar la tristeza, hasta el punto que el conde se apercibió de sus aflicciones, y por más que hizo no logró que Adalmira le esplicase la causa. En vano suplicaba conocer el motivo de la tristeza de su amada, pues Adalmira en vez de contestar suspiraba, concluyendo siempre en abundantes sollozos. Condolida del dolor del conde la doncella de Adalmira, le refirió como la tristeza de su señora provenía sin duda de haber sabido que la madre del conde llevaba á disgusto aquellos amores, sabido lo cual por él, corrió á ver á su amada haciéndola tales protestas de cariño y prometiéndola tan firmemente no hacer caso de las amenazas de su madre, que Adalmira no tuvo más remedio que fingir que había sido aquella la causa de su tristeza y que se le había disipado ante las ardorosas protestas del conde; pero no era verdad, porque su aflicción venía de Clotaldo, y para no desesperar al conde tuvo que disimular sus penas y fingir una alegría que no sentía. Con esto el conde se sosegó y esperaba impaciente la llegada de los emisarios que había mandado al rey Clotaldo, para de cualquier modo celebrar la boda en cuanto viniesen, aun cuando no trajesen el consentimiento que esperaba, y que fundadamente creía alcanzar por ser su nobleza de las más antiguas y acreditadas de la Provenza.

CAPÍTULO V.

En que se dá cuenta de lo que les ocurrió á los emisarios del conde en la corte del rey Clotaldo y del resultado que tuvieron sus gestiones.

Mientras sucedían las cosas que relatadas quedan en esta tan maravillosa como verdadera historia, los caballeros mandados por el conde de Provenza á la corte del rey Clotaldo, se hicieron á la mar, con objeto de cumplir la misión que se les había encomendado, de averiguar si la historia contada por Adalmira era verdadera, y de si efectivamente era la hija del rey de Hungría, cosa que ellos no creían, por suponer que la pasión profunda que tan súbitamente se había apoderado del conde por la bella y desconocida joven le vendaba los ojos haciéndole creer que Adalmira fuese una princesa de sangre real, cuando todo su aspecto y la manera extraña con que fué encontrada por los pescadores en la mar demostraba que no era otra cosa que una desgraciada criatura que había inventado toda aquella historia con ánimo de inspirar compasión á las gentes y cautivar al noble conde de Provenza, que se había constituido en su protector desde el primer dia. Despues de algunos días de feliz navegación llegaron á los dominios de Clotaldo, y su primer cuidado fué el de enterarse por los pastores y aldeanos de si conocían á Adalmira, y con notable sorpresa supieron que todos la lloraban por muerta, á causa de haber sido abandonada en el mar, sin más auxilios que los de la Providencia. Igualmente supieron la desastrosa vida y la horrible muerte de la madre de Adalmira, y no les quedó ninguna duda de que la desventurada joven era realmente hija de Clotaldo.

Tranquilos respecto á este extremo, que por diferentes conductos les fué confirmado, determinaron presentarse á Clotaldo y manifestarle la misión que de parte del conde de Provenza traían. Recibiólos de muy buen talante Clotaldo, y se maravilló mucho cuando le dijeron que Adalmira era viva, y del extraño suceso de los amores del conde de Provenza; y lejos de sentirlo recibió placer en ello, y dijo que era una buena muchacha á la cual él habia odiado por creer que era hija adulterina de su mujer, la bella circasiana, pero que habiendo sabido por un monje del monasterio de San Cucufate que la reina había sido inocente y que Adalmira era real y positivamente hija suya legítima, que estaba pesaroso de los malos tra-

tos que la había dado y que se holgaba mucho de que se hubiese salvado y sido requerida de amores por un caballero tan noble y tan esforzado como el conde de Provenza, y que si llegaba á celebrarse la boda, para la cual daba todo su real consentimiento, que prometía dotarla bien y cumplidamente cual correspondía á la hija de un rey, con otras razones no menos discretas que admiraron y regocijaron á los emisarios del conde.

No permitió Clotaldo que tan de prisa se volviesen, y así rogóles que se quedaran, pues quería hacer fiestas en honor de sus huéspedes, y organizó cacerías y mogigangas de mucho viso, y hubo iluminaciones y toda clase de regocijos públicos, con lo cual se volvieron los emisarios para su tierra muy contentos, con la satisfacción de llevarle á su señor tan buenas noticias y también le llevaron ricos regalos para él y para la princesa Adalmira; pero ocurrió que á la vuelta les cogió en el mar una tempestad muy fuerte, y para alivio de males, el viento los arrojó contra unas rocas que salían á flor de agua y se fueron todos á pique con el buque que los llevaba y todas las riquezas que traían, de modo que ninguno se pudo salvar ni dar cuenta del suceso. Este fin tuvieron los emisarios del conde, que no pudo saber el resultado de sus gestiones, y se impacientaba con la tardanza en términos que le acometieron deseos de ir él mismo á enterarse, lo que hubiera efectuado á no habérselo impedido Adalmira.

CAPÍTULO VI.

En que se refiere como el conde de Provenza y Adalmira se casan, y tienen un hijo, y el conde se vá á la guerra de órden del rey de Francia.

Viendo que pasaban meses y meses sin que los emisarios volviesen, el conde de Provenza receló que alguna mala partida les había hecho el rey Clotaldo, y como Adalmira estaba en cinta determinó hacerla su esposa sin aguardar á más. La condesa su madre no quiso dar el consentimiento necesario y hubo grandes disgustos entre ella y el conde por causa de Adalmira, á quien la anciana señora no quería en modo alguno admitir en la familia por considerarla una mujer engañadora y de baja ralea, y decía que le había dado á beber á su hijo el conde un filtro para que se enamorase de ella, pues de otro modo nunca un caballero tan cumplido hubiera consentido en dar su nombre á semejante aventurera. Adalmira

sufría en silencio todas estas injurias y rogaba á Dios muy contritamente la sacase con bien de su embarazo para marcharse de aquella casa y volviese á renacer allí la paz que sólo su presencia alejaba, pero el conde juró y perjuró que se había de casar con ella, pues le importaba mucho más estar conforme con su conciencia que con los miramientos del mundo, y así lo preparó todo para la boda que se llevó á efecto en la capilla del castillo sin más acompañamiento que el sacerdote que los bendijo y un viejo criado que por haber visto nacer al conde su señor le tenía mucha ley y lo quería como si fuera su propio hijo.

De allí á dos meses, Adalmira dió á luz un robusto y hermoso rapazuelo, que sacó la mirada penetrante y noble de su padre y la hermosura y rubicundez de su madre, que vino á estrechar más y más los tiernos lazos en que se hallaban unidos Adalmira y el conde. Muy de menos echaba Adalmira sus manos, pues como madre cariñosa y amante quería arreglar por sí misma á su niño, y á cada instante se veía atascada por la falta de tan útiles como necesarios remos. La vieja condesa parecía haber dado treguas á sus enojos, y ya no molestaba á sus hijos con las injurias y denuestos de costumbre, pero ni siquiera una vez sola tomó en sus brazos á su tierno nietecito ni estampó en su inocente boca un amoroso beso. El conde se recreaba la vista en la hermosura de su hijo, y Adalmira, en medio de sus aflicciones por no merecer la estimación de su suegra, era feliz y vivía contenta olvidada de las grandezas del mundo, y sin preocuparse de otra cosa que de su marido el conde y de su hijo. En esto llegó un dia en que el rey de Francia Luis IX, organizó la octava Cruzada contra los infieles de la Cristiandad, y como el conde de Provenza se había acreditado como bravo, á pesar de su poca edad, en la Cruzada sétima organizada también por el mismo rey, le mandó cartas reales llamándole á la santa empresa y nombrándole capitán de una de las más aguerridas mesnadas de ballesteros. El conde recibió con mucho pesar estas órdenes, porque amantísimo de la tranquilidad del hogar creyó haber encontrado la verdadera felicidad al lado de su familia, pero como buen patriota y cristiano no pudo negarse á la orden del rey y se dispuso para emprender la marcha y á unirse á los nobles caballeros que de todos los pueblos de la cristiandad acudían á alistarse en las filas para dirigirse á Tierra Santa y libertar aquellos lugares del dominio de los infieles.

Mucho afligió á Adalmira la nueva de la marcha de su esposo á

tan lejanas tierras, en primer lugar por el gran peligro que corría de perecer allí víctima de su deber, pues todo el mundo se hacía lenguas de su bravura militar, y en segundo, porque recelaba que una vez ido el conde, quedaría ella á merced de su suegra y sería víctima de toda clase de vejaciones y venganzas. Lloró, suplicó por la salud de su hijo y por la suya propia al conde, para que desistiese de aquella empresa, pero el conde, aun cuando de buena gana hubiese desistido, no pudo complacerla, y todo fué en vano, pues su deber y el honor de su escudo le llamaban á la guerra y era preciso ir, toda vez que el mismo rey daba el ejemplo arrancándose á las dulzuras de la familia y exponiendo su vida como el más humilde soldado. Adalmira comprendió lo inútil de sus ruegos, y pidió á la Virgen de las Angustias, su abogada, velase por la vida de su querido esposo y lo sacase con bien de aquella guerra. El conde se preparó de todas armas, y despues de mandar decir una misa en la capilla del Castillo, se marchó á unirse á las tropas del rey, no sin encomendar de todo corazón á su viejo criado que se constituyese durante su ausencia en protector y guardián de su querida Adalmira y de su hijo, cuya suerte le confiaba, con otras comisiones y encargos que le mandó y que el antiguo servidor suyo le prometió cumplir bien y fielmente, con lo cual se marchó, si no contento, á lo menos tranquilo y sosegado, porque dejaba persona de confianza al cuidado y amparo de su querida familia.

CAPÍTULO VII.

Cómo la madre del conde de Provenza se venga de Adalmira y cómo esta vuelve á ser amarrada en una lancha con su hijo y entregada al capricho del mar.

Durante algun tiempo despues de la marcha del conde á la guerra de las Cruzadas, la vieja condesa no dió señales de su ódio hacia Adalmira, y la pobre princesa vivió entregada en su dolor en compañía de su hijo el condesito de Provenza, esperando con ansiedad noticias de su idolatrado esposo; pero despues y poco á poco, empezó á martirizarla recordándola su baja estofa é insultándola sin miramientos de ninguna clase, diciéndola que era una mala mujer que había engañado al conde con sus hechicerías y que las había de pagar todas juntas. El viejo servidor del conde intervino muchas veces en favor de Adalmira y pudo contener los ímpetus de la vieja, pero esta cada vez estaba más irritada contra su nuera, y

no perdonaba ocasion de mortificarla de todas maneras. Viendo que nada conseguiría mientras el viejo criado saliese á la defensa de Adalmira, levantó un falso testimonio para perderle, y fué el mandar un propio al conde de Provenza diciéndole que el criado y Adalmira se amaban, y le estaban quitando la honra que tan limpia supieron dejar sus antepasados; y no contenta con esto y á pretexto de velar por la honra del conde, mandó encarcelar al fiel servidor y cargado de cadenas fué metido en una hedionda mazmorra del castillo, sin más compañía que la del perro que había salvado á Adalmira y que fué también constituido en prisión, sin duda para que no volviese á libertar á su ama de los castigos que tal vez meditaba darla la vieja condesa.

Libre ya para poder hacer cuanto se le antojase sin que el fiel criado del conde pudiese estorbarlo, la vieja señora volvió á sus insultos hácia Adalmira, martirizándola de todas maneras, haciéndola pasar hambres, dándole zurras á su nietecito, y en fin, discurriendo toda clase de diabluras para hacerla sufrir. Adalmira sufrió con un verdadero heroismo todas estas venganzas de aquella infame vieja y se pasaba todo el día llorando. Muchas veces tenía pensamiento de irse del castillo con su hijo á ganarse el sustento libre de aquella harpía, pero le contenía la consideración de no poder trabajar á causa de la falta de sus manos. También quiso escribirle á su esposo para descubrirle la perfidia de su suegra, pero como no se podía fiar de nadie como no fuera del pobre criado, y éste se hallaba preso y calumniado á causa de su fidelidad, tuvo que renunciar á su idea, pues tampoco podía ella escribir por sí misma. Desesperada por tantas desdichas y atrocidades como le hacía sufrir la anciana condesa, tuvo momentos en que se quiso arrojar de lo alto del castillo contra los rastrillos, pero siempre la detuvo el amor de su hijo, que sin ella se vería expuesto á perecer sin remisión alguna.

La madre del conde, que estaba creida que Adalmira era verdaderamente una mujer de baja ralea, pues nunca dió crédito á su historia, discurrió que puesto la habían encontrado unos pescadores en el mar, en donde estaba abandonada á merced de los elementos, el mejor castigo que podía darla era meterla otra vez en una lancha y amarrarla de la misma manera que contaba había sido amarrada de orden del rey Clotaldo y abandonada en alta mar. Firme en su malvado propósito, mandó á sus criados que una noche secretamente la metiesen en un lanchón, y bien amarrada la llevasen con su hijo á alta mar y que allí la dejasen á merced de

su destino. Prometiéronlo así aquellos malvados, y una noche que Adalmira estaba tranquilamente durmiendo en su cama abrazada á su pobre hijo, entraron con mucho sigilo y la sujetaron con unas fuertes ligaduras. En vano suplicó y lloró pidiendo gracia en nombre de su inocente hijo; todo fué inútil, y sin escuchar sus sentidas quejas la llevaron á las orillas del mar y consumaron su bárbara obra, amarrando á la infeliz princesa y á su tierno niño, y llevándola mar adentro donde la abandonaron á todas las inclemencias del cielo y á todas las ingratitudes de la tierra.

CAPÍTULO VIII.

En que el rey Clotaldo y el conde de Provenza se encuentran en la guerra de las Cruzadas, de la explicación que tuvieron y muerte de Clotaldo.

Dirigidas todas las fuerzas aliadas de los cristianos contra los moros de Túnez, parecían los campamentos inmensos hormigueros en que se veían soldados de todos los pueblos de la cristiandad dispuestos á desalojar á los infieles de sus posiciones, y tremolar en aquellos lugares el estandarte de la Santa Cruz. El conde de Provenza, al frente de sus ballesteros, ocupaba uno de los flancos, no lejos de donde al frente de un fuerte destacamento de dálmatas y húngaros se hallaba el rey Clotaldo, que invitado también por San Luis, rey de Francia, para la obra de la Santa Cruzada, había acudido presuroso á combatir por la salvación de los Santos Lugares. Cuando el de Provenza oyó hablar del heroismo de Clotaldo, se quedó atónito, y creyendo que el rey de Hungría había hecho alguna mala acción con los emisarios que le mandó para que le alcanzasen el consentimiento que le pedía para casarse con Adalmira, se propuso pedirle explicaciones y retarle á fiero combate si no se las daba tan satisfactorias y cumplidas como era menester. Mandóle uno de sus ballesteros con encargo de solicitar una entrevista, y á poco rato volvió con la noticia de que Clotaldo le aguardaba en sus tiendas. Dirigióse allá el conde de Provenza, y en vez de descubrirse, como era de rigor, ante el rey de Hungría, permaneció cubierto, y sobre la cruz de su espada, hincada la rodilla en tierra, juró vengar en Clotaldo la muerte de sus emisarios, si por acaso él se la había dado, contra todo fuero y razón. Maravillóse Clotaldo de aquellas razones, y dijo que si no le habían entregado los regalos y demás prebendas que para Adalmira y para él habia mandado en

señal de aprecio y regocijo por la boda de su hija, y contestado que no por el de Provenza, quedó un buen rato pensativo y cabizbajo. Como el de Provenza continuase fiero, Clotaldo refirió minuciosamente todo cuanto había pasado desde que los caballeros del conde pisaron tierra en sus dominios, hasta que se hicieron á la mar, cuyo relato testificaron sobre la cruz de sus espadas los caballeros y grandes magnates de su corte que le habían acompañado á la guerra, por donde se vino en conocimiento de la verdad de lo ocurrido, es á saber: que debieron perderse en la mar y perecer, como en efecto sucedió según queda referido.

Convencido el conde de Provenza de la verdad de aquel relato, quitóse el capacete y humilló de buen grado la cerviz al valeroso Clotaldo, refiriéndole el suceso de su casamiento con Adalmira y el nacimiento del niño, con todo lo demás que es sabido, de lo cual alegróse mucho Clotaldo, demostrándoselo con un buen abrazo que dió al conde y convidándole á comer en su mesa. Desde aquel día, Clotaldo y el conde de Provenza fueron muy grandes amigos, y realizaban prodigios de valor en las batallas á que asistían; pero en una de ellas el rey Clotaldo, que se había internado temerariamente entre los infieles, recibió un terrible golpe de lanza en el pecho que le derribó en tierra, así como á su caballo, y sus soldados húngaros le recogieron y lo llevaron á sus tiendas, lejos del alcance de sus enemigos. Tan pronto como el conde supo la desgracia acaecida á Clotaldo, corrió á su tienda y lo halló moribundo, echando sangre por la herida, y en cuanto le vió Clotaldo, le llamó por señas y mandó que todos menos el conde se retirasen, y en cuanto se hubo verificado su orden, haciendo un gran esfuerzo dirigió la palabra al de Provenza, diciéndole, que á más andar se moría, y que quería pedirle perdon por los desafueros y atropellos de todo género que en otro tiempo había cometido con Adalmira, su hija, á la sazón mujer del conde, por estar muy arrepentido de toda su vida pasada, y también le dijo que puesto que moría sin sucesión, como no fuese la dicha Adalmira, que la nombraba heredera del reino para sí y sus sucesores. En esto le entraron á Clotaldo las convulsiones de la agonía, y á los gritos de socorro que daba el conde de Provenza acudieron todos los caballeros y grandes magnates de la corte de Clotaldo que le habían acompañado á la guerra, y á presencia de ellos el rey de Hungría ratificó cuanto dicho queda, exhalando el último suspiro en los brazos del conde. Gran pesar recibió el de Provenza de la muerte de Clotaldo, pues apar-

te de la borrascosa vida que en su juventud había tenido, era un bravo guerrero y uno de los más esforzados capitanes de las Cruzadas. Hiciéronsele sobre el campamento grandes funerales, cual correspondía á su elevada jerarquía, y hubo toques á la funerala y grandes alaridos de cornetas, recibiendo cristiana sepultura en aquellas remotas tierras, donde murió bravamente peleando contra los infieles. Como el más inmediato en parentesco á Clotaldo, por el matrimonio de Adalmira, tomó el conde el mando del ejército de húngaros y dálmatas con que Clotaldo había acudido á la sacrosanta guerra de las Cruzadas, y fué proclamado sobre el pavés, por el ejército húngaro, en el mismo campo de batalla, como rey interino de Hungría, cuyo nombramiento ratificó el santo rey de Francia y los demás monarcas y ejércitos cristianos allí reunidos.

CAPÍTULO IX.

En que se dice lo que fué de Adalmira y su hijo, y como Dios no la abandonó tampoco esta vez, y la lancha con los ilustres viajeros es acogida en un convento de monjas situado en las costas.

Bien agena estaba la infeliz Adalmira cuando fué abandonada en el mar por los criados de la madre del conde, de que por muerte de su padre el rey Clotaldo era nombrada legítima reina de Hungría, pues lejos de eso, pedia á Dios muy contritamente que la sacase con bien de aquel trance lastimoso en que se encontraba, para dedicarse á pedir limosna y sacar adelante á su pobre hijo. No desoyó Dios sus ruegos, pues sucedió, que habiendo dejado los criados de la vieja condesa algo flojas las cuerdas que amarraban á Adalmira, tal vez por descuido, ó acaso compadecidos de su triste suerte, ocurrió que al hacer Adalmira un movimiento con el cuerpo para estar menos molesta, se soltaron las amarras y se vió libre sobre la lancha. Su primer movimiento fué arrodillarse y dar gracias á Dios por el gran beneficio que le concedía, y despues besó á su hijo y le dió de mamar, pues el pobrecito se moría de hambre. Durante varios días anduvieron perdidos en la mar los ilustres viajeros, pasando hambres y los más horribles tormentos, pero Adalmira todo lo llevaba con resignación con tal de poder aplacar el llanto de su niño. Por fin vino un viento favorable y en pocas horas la lancha arribó á una hermosa playa sobre la cual se alzaba un convento. En cuanto la vieron, acudieron gentes caritativas á sacarla de la barquilla y llenas de compasión se interesaron mucho por ella y el niño.

Era aquel un convento de monjas, muy retirado del trato del mundo, y á Adalmira se le ensanchó el corazón considerando la gran merced que Dios le había concedido encaminándola en dirección de aquella santa casa. Todas las monjas se esforzaban á porfía en consolar á la pobre Adalmira, y la facilitaron ropas para sustituir á las humildes y destrozadas que traía, y buscaron una nodriza para el niño. Adalmira no quiso contar su historia verdadera por temor de que no la creyesen, y así contestó á las repetidas preguntas de las monjas, diciendo que había sido una gran pecadora, y que por causa de sus culpas había sido abandonada en medio del mar por su familia. También fué interrogada acerca de la falta de sus manos, y dijo que le habían sido cortadas en castigo de sus grandes culpas. Horrorizáronse aquellas santas mujeres de la magnitud del castigo, y se compadecieron de su triste suerte y de la que le esperaba á aquel pobrecito niño tan hermoso, por todo lo cual le dijeron que si quería quedarse allí que podía hacerlo, pues era mansión de paz y de misericordia y que allí podría hacer penitencia. Con lágrimas en los ojos pagó Adalmira la solicitud de aquellas buenas mujeres, y les expresó su agradecimiento con palabras de mansedumbre y humildad, por todo lo cual las monjitas quedaron encantadas y le confiaron el cuidado de la portería del convento.

Con toda humildad desempeñó Adalmira este cargo tan impropio de una reina, pero el amor de su hijo le daba fuerzas para todo, y como además ella de por sí nunca habia sido orgullosa, se consideraba muy feliz en haber encontrado aquel asilo, en el cual no tenía que temer las asechanzas de nadie. Sin embargo, no dejó de haber algunas monjas que desearon conocer á fondo todos los misterios de su vida, y como vieran que Adalmira se encerraba en un prudente silencio, empezaron á murmurar de ella, y á decir que podría ser perjudicial á la comunidad la presencia en aquella santa casa de una tan grande pecadora; pero la verdad es que si decian aquello, más bien era por envidia de la mansedumbre de Adalmira y por su mucha belleza, pues la pobre princesa apenas se atrevía á levantar los ojos del suelo delante de las religiosas ni se ocupaba en otra cosa que en cuidar la portería del convento y en atender á su niño, que de día en día iba siendo más hermoso y lucido. En cuanto llegó á oidos de la superiora del convento lo que decían las murmuradoras de Adalmira, las llamó á todas á su cuarto y las echo una severa amonestación, para que en lo sucesivo se cuidasen mu-

cho de no hablar mal de nadie, no solo por ser esto impropio de las esposas de Jesucristo, sino también porque Adalmira no daba lugar á ser reprendida, pues edificaba su ejemplar conducta y se comportaba con un celo tan grande en los deberes de su cargo, que no había más que pedir.

CAPÍTULO X.

De cómo Adalmira edifica con sus virtudes y santidad, y recobra por intercesión de Dios las manos en premio de su mucha piedad.

A pesar de que Adalmira no se hacía violencia ninguna en aparecer muy fervorosa de las prácticas del convento, pues era de natural bondadosa y pía, puso especial empeño en congraciarse con la madre abadesa y todas las demás religiosas, pues conociendo que allí podría estar al abrigo de las maldades del mundo, tenía miedo de volver á pasar trabajos y á sufrir venganzas por culpas que no había cometido. Al poco tiempo de estar allí, ya todas la querían porque era muy servicial y buena y hacía verdaderos actos de piedad y ejercicios de contrición. Parecía que estaba animada su mirada por un destello divino, y al cabo de algunas semanas se la tenía por una verdadera santa, y decían las monjas que por muy gran pecadora que hubiese sido, era imposible que Dios no la perdonase haciendo una vida tan ejemplar.

Contribuyó á aumentar su buen nombre el capellan del convento, que habiendo oido á Adalmira en confesión general, pudo saber la elevada jerarquía de su penitente, y cuán lejos había estado de ser una gran pecadora, como había dicho al principio temiendo no ser creida. Sin revelar el secreto de la confesión, el capellan halló modo de hacer comprender á las monjas, y sobre todo á la madre abadesa, que Adalmira era persona muy principal y tan alta en estirpe que despues de Dios no había en la tierra quien pudiese superarla, ni igualarla siquiera. Asombradas quedaron las monjas con la novedad y quisieron relevarla del cargo de portera, pero ella pidió con mucho afán que se lo conservasen, y desde aquel día fué tan considerada por sus virtudes, y llegó á adquirir un predicamento tan grande por todas las cercanías, que venían gentes á verla y á besarle las ropas, con gran confusión de ella, que en modo alguno creía fuese tan extraordinaria su fama.

Un día que Adalmira oraba, como de costumbre, al pié del al-

tar, al oficiante se le cayó la sagrada hostia, y Adalmira, con mucho fervor, sin acordarse de la falta de sus manos, se inclinó á cogerla; pero cuál no sería el asombro de toda la comunidad y del sacerdote mismo que oficiaba cuando vieron que Adalmira cogió con sus bellísimas manos la sagrada forma, pues Dios, compadecido de ella y movido de su grandísima piedad, se las devolvió, más hermosas aun de lo que las tenía cuando se las cortó. Ante un milagro tan evidente y grandioso, no dudaron ya las monjas de que Adalmira era una verdadera santa, pues Dios había permitido concederle el precioso don de las manos, de que había estado privada durante tanto tiempo. No fué menor la sorpresa y alegría de Adalmira al verse tan de improviso con sus tan hermosas y tan lloradas manos, y dió gracias á Dios de todo corazón por la grande merced que se había servido concederle, y que era capaz por sí sola de compensar todas las amarguras y dolores que había pasado y todas las injurias y ofensas que había sufrido.

La madre abadesa dispuso que en acción de gracias por tan señalada merced se hiciese una solemne función, y durante varios días las monjas estuvieron consagradas á los ejercicios extraordinarios y después se dirigieron en procesión á la portería de Adalmira, y llevando la superiora la voz de todas ellas, nombraron abadesa á Adalmira. Ella no quiso admitir en manera alguna, pero tuvo que ceder ante las reiteradas instancias de la comunidad, y fué tanto lo que estimaron las monjas el que accediese, que durante muchos días no hacían más que entonar cánticos y salmodias de puro regocijo.

Adalmira no se hallaba de contenta al ver recuperadas sus manos, y eran tan hermosas y blancas, que parecían hechas por los mismos ángeles del cielo, y acudió tanta gente á besárselas, atraidas por el milagro, que desde por la mañana hasta por la noche estuvo toda una semana seguida recibiendo el homenaje de las personas devotas y no hacía más que recibir en ellas besos de paz y bendiciones. Además de esto, las rentas del convento, que estaban muy mermadas cuando llegó á sus puertas Adalmira, crecieron de tal manera con los donativos de las personas piadosas, atraidas de la fama de la virtud de Adalmira, que de allí en adelante fué la más rica comunidad en veinte leguas á la redonda, y se hicieron obras para embellecer la iglesia, y se restauraron las pinturas, y se decoraron de nuevo los tabernáculos y retablos, y en fin, quedó convertido aquel humilde convento en una de las más hermosas

abadías, llegando la fama de su riqueza hasta el Papa, que envió su bendición desde Roma, distinguiendo á Adalmira como si hubiese sido canonizada, pues mandó que en adelante se celebrase fiesta en el convento todos los años por el día en que se verificó el milagro de la reaparición de las manos.

CAPÍTULO XI.

Batalla de Túnez, muerte del rey de Francia y regreso del conde de Provenza por haberse terminado la guerra.

Entretanto tocaba á su fin la octava Cruzada, y el rey de Francia dispuso lo conveniente para dar el asalto sobre Túnez, donde se habían replegado los infieles. Allí estaban todos los reyes de la cristiandad y los más esforzados guerreros, puesto que se encontraban los reyes de Francia, de Sicilia, de Dinamarca, de Aragón, de Normandía, de Navarra y otros muchos, cuyo solo relato ocuparía muchas páginas; todos ellos rodeados de lo mejor de sus tropas y de los más aguerridos capitanes. La infantería ocupaba muchas leguas y estaba protegida por infinidad de escuadrones de lanceros, que ocupaban una dilatada extensión de terreno. Todos los estandartes se veían allí y banderas de todas las naciones. Los infieles, parapetados en los muros de Túnez, habían hecho grandes zanjas y esperaban el asalto dispuestos á pagar caras sus vidas. Por todas partes las lanzas y las ballestas relucían, y todo anunciaba un formidable encuentro.

Amaneció el día señalado para dar el ataque, y desde muy temprano el ruido de los timbales y el toque de las bocinas se unió al chocar de los arneses y de las lanzas. Había en los campamentos una animación extraordinaria, pues si se lograba arrojar á los infieles de Túnez, podía darse por terminada la guerra. El rey de Francia, sobre todo, estaba muy impaciente y ardía en deseos de comenzar la lucha. Dióse la señal para el asalto, y los más bravos saeteros fueron comisionados para formar la vanguardia. En los primeros momentos fué tan grande el ardor por una y otra parte, y tan extraordinario el número de saetas disparadas, que se anubló la luz del sol. Caían los hombres á millares y el furor de los combatientes parecía no saciarse con nada.

Defendíanse los infieles con mucho denuedo, pero no era menor el ardor de los cristianos, que animados por la santa causa de la Cruz peleaban con xtraordinario arrojo y bizarría, batiendo los

muros de Túnez frente á frente, palmo á palmo y cuerpo á cuerpo. Cien veces flotó el estandarte de la Cruz sobre las almenadas alturas de Túnez y otras tantas flotó la media luna, pero el éxito permanecía incierto y el dia avanzaba más y más. Impaciente el rey Luis IX de Francia, apellidado despues el Santo, y viendo que si no se hacía un violento esfuerzo se corría el peligro de que llegase la noche y quedase la victoria por los tunecinos, dió orden de que se reforzasen las fuerzas del asalto y él mismo dió el ejemplo avanzando sobre las escalas; pero en el mismo instante de poner el pié sobre una de ellas, recibió una flecha por entre las junturas del peto que fué á clavársele en el corazón, muriendo valerosamente al pié de los muros de Túnez, y cuando ya la victoria quedaba por los cristianos.

Gran coraje entró á los cristianos por vengar la muerte de tan esforzado monarca, y arremetiendo con sin igual furia sobre los infieles, cayeron sobre ellos con tal ardor que los desconcertaron por completo, y al fin se vió tremolar sobre el muro de Túnez definitivamente la gloriosa enseña de la Cruz. Despues de tomada la ciudad hiciéronse grandes honores al cadáver del heróico rey de Francia, haciéndole la guardia soldados de todos los paises cristianos que habían acudido á las cruzadas.

Algunos días despues de la toma de Túnez llegaron los correos de Europa y entre ellos recibió el conde de Provenza los pliegos de su madre la condesa, en que se le participaba la mala nueva de los amores de Adalmira con el viejo servidor, á quién el conde había confiado su guarda. Gran pesar y enojo recibió en ello el conde; pero pasado el primer momento de coraje, reflexionó que aquello debía ser levantado en ódio á Adalmira, pues el criado era demasiado viejo é ínfimo de condición y sobrado leal para atreverse á tan ruín proceder, y Adalmira era demasiado honesta y digna para hacer traición á su esposo. Había además la circunstancia de que Adalmira no había sido nunca estimada por la condesa su madre, y como los pliegos venían escritos de su misma mano, el conde receló que envolvían algun engaño.

Terminada que fué de allí á pocos días la guerra, el conde delegó su autoridad real interina sobre el más bravo de los generales húngaros, y despues de dar sus disposiciones para el regreso de las tropas, se volvió á Marsella á toda prisa en postas aceleradas, donde supo el triste destino de Adalmira y la negra suerte del viejo criado, al cual sacó de su prisión, así como al noble perro, los cua-

les salieron tan demacrados que parecían difuntos, pues tal los puso la penosa y larga prisión que sin merecerla sufrieron.

CAPÍTULO XII.

Como el conde de Provenza, persuadido de la inocencia de Adalmira, fleta una embarcación para buscar á su mujer por la inmensidad de los mares.

Apenas el noble perro de Adalmira se vió libre de la prisión, sin esperar á nada se dirigió á todo correr hácia el mar y se arrojó á él, empezando á nadar hasta que se le perdió de vista; pero á los pocos días volvió dando lastimeros aullidos y meneando la cola delante del conde, como invitándole á que le acompañara. El viejo criado explicó lo que había pasado y como todo lo que se le imputaba era falso, y que el habérsele encerrado era para que no pudiese evitar el triste fin que le estaba reservado á su señora la condesa Adalmira y á su hijo, todo lo cual fué confirmado por los demás criados, que viendo en casa al conde su señor cobraron ánimos y le perdieron el miedo grandísimo que le tenían á la vieja señora. Mucho irritó al conde la crueldad de su madre, y le dijo que Adalmira era reina de Hungría y por consiguiente de nobleza más alta que la suya, pero que áun cuando no lo hubiese sido, el proceder tan menguado que con ella había tenido era indigno de personas temerosas de Dios, y que si Adalmira era muerta, caería toda la responsabilidad sobre la anciana condesa, pues estaba llamada, por muerte de su padre el rey Clotaldo, á regir los destinos de la noble nación de Hungría, que le había dejado en herencia para ella y para sus sucesores en la hora de la muerte, todo lo cual lo había presenciado el conde, y por consiguiente, que mirase como iba á contestar á los magiares cuando le pidiesen cuentas de lo que había hecho de su reina.

Atemorizóse con esto la anciana condesa y cantó de plano, y dijo todo lo que había pasado, con lo cual el conde fletó una embarcación y se hizo á la mar en busca de Adalmira, acompañado de su viejo y fiel criado y del perro de Adalmira, que no cesaba de saltar de puro contento, y anduvieron muchos días sin rumbo fijo, desorientados y confusos, no pudiendo encontrar quién les diese razón de Adalmira ni hallar rastro alguno. El perro se arrojaba muchas veces al agua como si hubiese encontrado indicios de donde pudiera estar su ama, y los navegantes seguían la dirección que él lleva-

ba, pero luego se confundía y saltaba á bordo con las mayores pruebas de sentimiento y lanzando al espacio los más tristes aullidos. Así estuvieron por espacio de muchos meses, haciendo arribada en todos los puertos y preguntando á todos los marinos y pescadores si habían visto una mujer amarrada en una lancha con un niño, y nadie les daba razón.

Al conde le acometían violentos accesos de furor durante los cuales nadie osaba acercársele, y cuanto más lejana estaba la esperanza de hallar á Adalmira, más sombría y torba se volvía su mirada, en términos que muchas veces creyeron los tripulantes que el mismo dolor de no hallar viva ni muerta á su mujer le trastornaba el juicio, y un día le sorprendieron á tiempo que quería arrojarse al mar de cabeza, persuadido de que eran completamente inútiles todas las gestiones que hacía por encontrar á su esposa idolatrada.

Como última esperanza decidió correr todos los puertos, uno por uno, ofreciendo gruesas cantidades de dinero al que le suministrase alguna noticia de lo que le podía haber sucedido á Adalmira y al niño; pero todo fué en balde, pues nadie le daba razón ni se sabía nada de semejante persona. Sin embargo, no desmayaba nunca, como si una voz secreta le dijese que Adalmira era viva, y no hallaba otro consuelo que el de conversar con el perro, que le escuchaba muy atentamente, y á lo mejor se arrojaba al agua, y el conde seguía con interés sus movimientos, ordenando las maniobras según los varios y muchas veces contradictorios rumbos seguidos por aquel inteligente animal.

Ultimamente unos navegantes que se encontraron al paso, le dijeron que hacía mucho tiempo habían hallado como restos de una embarcación pequeña, completamente desarbolada y sin vestigios de persona alguna, con lo cual el conde recibió gran pesar, pues le arrebataban la esperanza de que Adalmira se hubiese salvado. Todo hacía creer, pues, que el conde era viudo y que la desventurada y bella Adalmira había servido de pasto á los peces. Con tan desconsoladoras noticias, el conde hizo celebrar á bordo una misa de requiem por el alma de su pobre esposa y de su hijo, y se tornó triste y meditabundo, consumiéndole de día en día la pena de no haber tenido la precaución de haberla dejado mejor protegida contra los ódios de la condesa su madre, que tan preciados séres le había arrebatado.

CAPÍTULO XIII.

Como el conde, vista la inutilidad de sus pesquisas, se resuelve á regresar á Marsella, y necesitando hacer aguada su tripulación, salta parte de ella precisamente en la playa del convento.

Desconsolado por el relato de los navegantes y visto que en ninguna parte podía hallar quien le diese noticias de Adalmira, el conde lloró por muertos á su idolatrada esposa y á su hijo, y traspasado el corazón de amargura, dió orden de regresar á Marsella. Mucho sentimiento le costaba el volver á tierra, pues su mayor gusto hubiera sido hacerse navegante y recorrer por todo el resto de sus días aquellas extensas llanuras líquidas donde Adalmira había hallado la muerte, pero le impedía tomar esta resolución el considerar los deberes que había contraido con el reino de Hungría, cuyos destinos le había confiado interinamente el rey Clotaldo en la hora de su muerte, y era preciso resignar los poderes y participar á los magiares el triste fin de su reina para que tomasen la resolución que mejor les agradase.

Habiéndose agotado todas los provisiones con el contínuo ir y venir de una dirección á otra, y necesitando principalmente reponer los depósitos de agua, mandó el conde que se hiciese alto en el primer punto de la costa que se divisase, y allí reponerse de todo para continuar la marcha con rumbo á Marsella, y al poco tiempo divisaron una hermosa playa sobre la cual se levantaba un convento, que no era otra que aquella á donde habían ido á parar la desventurada Adalmira y su hijo cuando fueron tan cruelmente abandonados en medio del mar por los criados de la vieja condesa. Dispuso el conde que saltasen á tierra algunos de sus tripulantes á proveerse de las cosas que habían menester, y él se quedó á bordo entregado á sus tristes pensamientos.

Tomaron pues tierra los de la tripulación, y entre ellos iban el viejo criado del conde y el fiel perro de Adalmira, y á pocos pasos que dieron fué tal el retozo y alegría que le entró al inteligente animal que no hacía más que dar brincos y saltos como si de pronto le hubiera entrado la calentura del baile. Todo se le volvía olfatear el suelo y correr de un lado para otro. Encontráronse á un muchachillo pequeño muy guapo y bien vestido y preguntáronle dónde encontrarían agua, y el niño les dijo que en el convento, y que si querían acompañarle que él les guiaría á la comunidad, pues era de

la casa. Mientras tanto el perro no hacía más que oler al muchacho y lamerle las manos, y saltaba mucho alrededor del viejo criado como si quisiese decirle algo de mucha importancia. El niño correspondía afectuoso á las caricias del perro, y todos juntos se dirigieron al convento, donde les facilitaron el agua que necesitaban, después de lo cual, se volvieron de regreso.

Viendo que el perro no venía, pues se había quedado en el convento, volvieron en su busca, temerosos de que el conde les riñese, pues sabían en la mucha estima que le tenía, y se lo encontraron en la falda de una monja que no hacía más que acariciarle y llorar, y reparando en ella el viejo criado quedó suspenso de admiración, pues se parecía muchísimo á Adalmira su señora, de la cual solo se diferenciaba en que la condesa no tenía manos, y aquella monja, que tanto se le parecía, tenía por manos una verdadera maravilla. Pareciéndole al buen servidor que su señor había de recibir gran placer en conversar con uquella religiosa, por el gran parecido que tenía con Adalmira, fué corriendo á participarle la noticia, y aun cuando el conde no quería salir del barco, tantas instancias le hizo y de tal modo le pintó el parecido, que movido por la curiosidad saltó á tierra y se dirigió al convento.

Mudo de admiración quedó el conde á la vista de la religiosa, cuyo parecido con Adalmira era tan grande, que él hubiera jurado ser la misma, pero la circunstancia de que tenía tan hermosas manos le persuadió de que era otra. A esto, Adalmira, avergonzada de ser objeto de curiosidad de aquellos marinos, miró hácia ellos é hizo ademán de retirarse; pero en el mismo instante conoció al conde y dió un grito y cayó desmayada en los brazos de su esposo, que acudió corriendo en su socorro. Vuelta en sí empezó á abrazar al conde y dijo que era Adalmira, y se reconocieron, todo lo cual sirvió de gran regocijo á toda la comunidad y á la tripulación, y el muchachillo que les había guiado al convento no era otro que el propio hijo del conde, príncipe heredero de Hungría, por cuyo maravilloso lance todos quedaron contentos y alegres con aquel tan feliz encuentro, y dieron gracias á Dios por haber permitido que en tan buena hora hubiesen arribado á la playa. Pasados los primeros momentos de efusión y alegría, Adalmira mandó que se quedasen todos en las habitaciones exteriores del convento, hasta que se determinase lo que había de resolverse, todo lo cual fué cumplido al pié de la letra por el conde y sus buenos servidores.

CAPITULO XIV.

Donde Adalmira explica el milagro de las manos, y el conde, con sentimiento de las monjas, se la lleva á Marsella, en donde supieron la muerte de la vieja condesa.

Pasada la natural sorpresa y emoción de tan feliz encuentro, Adalmira explicó á su esposo como había sido el milagro de las manos y el empeño que toda la comunidad había tenido en que fuese de allí adelante la madre superiora del convento, y él le refirió todo cuanto le había pasado en las Cruzadas, sin omitir el encuentro con el rey Clotaldo y la valerosa y cristiana muerte que recibió, exhalando su postrer suspiro en los brazos del conde, de lo cual, aparte el sentimiento que le causó lo triste de la noticia, holgóse Adalmira, pues no había podido hallar mejor reposo su padre en la hora de la muerte que los cariñosos brazos del marido de su hija. Todas las monjas se maravillaron cuando supieron que su abadesa era llamada á regir los destinos del pueblo de Hungría, y en medio del dolor que les causaba tener que separarse de tan piadosa compañera, alegráronse mucho de su buena suerte, así como de la del tierno principito, que no cabía de puro gozo al saber que su madre era reina y él sería con el tiempo un rey. Mandó el conde que en celebración de aquel encuentro tan anhelado se hiciese una solemne función y se repartiesen buenas limosnas á los pobres de la comarca, y á más de esto hizo al convento donación de una parte de sus bienes en agradecimiento de lo bien que habían tratado á Adalmira y á su hijo el condesito de Provenza, y de allí á pocos días resolvió emprender la marcha de regreso para Marsella, para despues dirigirse á Hungría para que Adalmira pudiese tomar posesión de su reino.

Como había corrido la nueva de tan extraño suceso por todas las cercanías, fué mucha la gente que acudió á despedirlos, y formaron arcos de ramaje para que pasase Adalmira por bajo de ellos, y el suelo fué cubierto de ricas telas de damasco para que no se lastimase al andar. Todas las mujeres y muchos hombres se humillaban á su paso y le besaban los vestidos, y cogían en brazos al niño dándole muchos besos. Adalmira y el conde fueron muy conmovidos durante todo el tiempo que tardaron en llegar al buque, y por todas partes se mostraba á la par el más vivo regocijo por las venturas que Dios se complacía en derramar sobre las cabezas de

aquellos jóvenes y tiernos esposos, y el más profundo dolor y pena porque se ausentaban. El príncipito iba llorando á lágrima viva, no de sentimiento, pues iba con sus padres, sinó de dulce pena, por tener que abandonar todos aquellos lugares donde tan cariñosa acogida había tenido siempre y donde tantos recuerdos dejaba.

Despues de varios días de feliz navegación llegaron á Marsella, donde supieron la muerte de la madre del conde, la cual, llena de remordimientos por su crueldad para con Adalmira, á quien había creído siempre una aventurera y engañadora, enfermó de pena y murió. A pesar del daño que tanto á ella como á su hijo les había hecho, Adalmira sintió mucho su muerte y fué á llorar sobre su tumba. En esto llegó una embajada de los húngaros, participando que tenian grandes deseos de salir de la situación extraña en que se hallaban, pues desde la muerte del rey Clotaldo, ni su hija Adalmira, ni el conde de Provenza su esposo y rey interino, daban señales de encargarse del gobierno; y que los pueblos se quejaban de la orfandad en que se les tenía. Contóles el conde todo lo que había pasado con el pormenor del nacimiento de las manos de Adalmira, y partiéronse para Hungría con la promesa de que tan pronto como arreglasen sus asuntos Adalmira y el conde y su niño, tendrían mucha satisfacción en ir á visitar sus reinos, y que mientras tanto confiaban de común acuerdo todos sus ámplios poderes, facultades y privilegios reales al general húngaro á quien el conde había resignado sus poderes al venirse de la guerra, para que en nombre suyo y en el de su esposa gobernase el reino hasta que Adalmira se encargase de él.

Como Adalmira tenía todavía el carácter de abadesa del convento, hubo necesidad de despachar correos á Roma para que solicitasen del Padre Santo dispensa para unirse á su esposo nuevamente y para tomar el mando del reino, que por muerte de su padre Clotaldo había heredado, y de allí á poco vino la contestación tan satisfactoria como era menester, acompañada de la bendición del Sumo Pontífice.

CAPÍTULO XV.

Como Adalmira y el conde parten para Hungría á tomar posesión del reino y de la abdicación que hicieron en favor del príncipe su hijo.

Llegados que fueron los correos de Roma, el conde y Adalmira no quisieron demorar más tiempo el tomar posesión del reino, y á este

fin mandaron emisarios fijando la fecha de su partida, á fin de que se hiciesen todos los preparativos para la coronación. Con grandes muestras de regocijo recibieron los magiares la noticia del regreso de Adalmira, pues muchos de ellos recordaban la triste manera como había salido de allí; así es que todos á porfía se esforzaron por hacerle un recibimiento digno de sus grandes virtudes y del gran afecto que se la profesaba. Inmediatamente comisionaron á los más altos personajes de la corte para que fuesen á Marsella á formar parte del séquito de la reina, é hicieron gran acopio de flores para arrojárselas cuando pasase, así como palomas y otros festejos.

De allí á pocos días partieron Adalmira, su esposo y su hijo para Hungría, y mucho antes de que llegasen salieron á esperarles muchas gentes. Apenas los divisaron de lejos echaron á vuelo las campanas y salieron músicas por las calles, y todas las tropas presentaron las armas en señal de acatamiento y obediencia á sus reyes. El conde, que iba vestido con el traje de guerrero que había usado en las Cruzadas, tomó inmediatamente el mando del ejército, y acompañado de la reina su esposa y del príncipe su hijo, pasó una gran revista á las tropas, dirigiendo una conmovedora arenga al pueblo manifestando los sentimientos de que se hallaba poseida la reina de Hungría respecto de sus vasallos, á los que enviaba su cariñoso saludo por el buen recibimiento que se les había hecho. El pueblo todo prorrumpió en un grito de entusiasmo y no cesaba de aclamar á sus reyes. Por la noche hubo iluminaciones y serenatas en honor de Adalmira, la cual, para satisfacer el deseo de que la vieran todas las gentes del pueblo, se salió por las calles acompañada de su niño y de su esposo, como si no fuese reina, deteniéndose afablemente á saludar á los desvalidos y haciendo por sí misma grandes limosnas, con lo cual rayó en delirio el entusiasmo del pueblo.

Pasados algunos días, se verificó la solemne ceremonia de la coronación, á la cual acudieron todos los altos personajes de la corte y representantes de los reinos vecinos, siendo consagrada Adalmira como legítima reina de Hungría, recibiendo el homenaje de los principales personajes del reino que le juraron acatamiento y fidelidad, según el estilo y las fórmulas cancillerescas. Como Adalmira no estaba acostumbrada á los usos de los reyes, se hallaba sumamente embarazada con las prácticas y usos palaciegos, por todo lo cual consultó con su esposo si sería bien retirarse del gobierno y disfrutar de la dulce tranquilidad en el seno de la familia,

á lo cual contestó el conde, que los reyes tienen que sacrificarse por sus pueblos y sufrir con paciencia todas las incomodidades y molestias que son consiguientes á su elevado rango. Objetó Adalmira que así lo reconocía, pero que habiendo pasado tantos trabajos desde su niñez, estaba deseosa de disfrutar tranquilamente del sosiego del hogar, y que así, si el conde su esposo lo aprobaba, quería abdicar la corona en su hijo el condesito, y resignar interinamente el mando en su esposo hasta que el príncipe tuviese la edad necesaria para reinar por sí mismo; todo lo cual se hizo conforme á sus deseos. En su consecuencia el conde de Provenza tomó en calidad de tutor de su hijo las riendas del gobierno, y gobernó tan acertadamente que empezó á prosperar todo bajo sus sabias disposiciones, pues aumentaron las rentas públicas, y para que todo saliese bien parece que Dios enviaba su bendición sobre el reino, pues las cosechas eran abundantes y sazonadas, la industria cada día más floreciente, y la paz y el sosiego hacían del pueblo húngaro uno de los más venturosos y felices, pues hasta los ladrones desaparecieron, por lo cual más que una mansion terrestre parecía un país del cielo.

CAPÍTULO XVI.

En que Adalmira y el conde tuvieron varios hijos y cómo despues de una larga vida murieron llorados por todos sus pueblos.

Feliz Adalmira con el amor de su esposo y de su hijo y la cariñosa adhesión de todos sus pueblos, no cesaba de dar gracias á Dios por las muchas bondades que con ella tenía. Instituyó muchas fundaciones piadosas, fundó colegios y estableció asilos para los desvalidos, y empleaba santamente sus riquezas en promover obras públicas con que pudiesen emplearse muchos braceros. Mientras tanto el conde celebraba pactos y alianzas con los monarcas más poderosos de la tierra, y en poco tiempo llegó á ser la Hungría una de las primeras naciones del mundo. Adalmira y el conde vivieron felices muchos años y tuvieron varios hijos é hijas, que todos alcanzaron venturosa suerte, pues uno llegó á ser rey de Hungría, el otro Pontífice, y de las hijas, que todas salieron tan bellas y discretas como su madre, la una casó con el rey de Aragón, otra con el de Francia, otra con el de Castilla, otra con el de Inglaterra, y en fin emparentaron con todas las casas más ilustres, vinculándose de este modo la virtud y la hermosura en su raza.

Finalmente, despues de una vida larga y próspera, empleada en beneficio de los pobres y en servicio de Dios, murió Adalmira santamente, llorada por magnates y pecheros, ricos y pobres, orgullosos y humildes, pues todos idolatraban en ella. A su entierro acudieron muchos monarcas extranjeros y personajes ilustres de otros países que la tenían en gran estima, y murió en olor de santidad. El conde de Provenza su esposo, y el rey de Hungría su hijo, hicieron levantar un soberbio túmulo para Adalmira, cerca del lago llamado Batatón, por ser allí donde fué coronada reina, y por ser todo él de piedra blanca recibió con el tiempo el nombre de Alba Real, y desde entónces allí se coronaban y enterraban los reyes de Hungría.

Muerta Adalmira, el conde se retiró á sus estados de la Provenza, y vivió en santa paz, y en una de las visitas que hizo á su hija la reina de Aragón, prendado de la hermosura del país, fundó en medio de una hermosa pradera el famoso monasterio de San Cucufate del Vallés, en el cual se conservó por tradición toda la historia que relatada queda. Murió el conde en sus estados, tan santamente como había vivido, y á su muerte fueron sus estados de la Provenza á aumentar los dominios de la monarquía aragonesa, y de su descendencia salieron esforzados guerreros, ilustres príncipes y santos varones, probándose de este modo que Dios bendice á los que sufren con paciencia las adversidades de este valle de lágrimas y no se engríen con las grandezas mundanas, como les ocurrió á Adalmira y el conde, que con sus grandes virtudes perpetuaron el prestigio de su raza, dignificaron sus reinos y dejaron despues de muertos larga y honrosa memoria, como lo prueba el haberse conservado á través de los siglos el recuerdo de sus buenas obras, que acontecieron tal y como en esta verídica historia se dice, para gloria suya y edificación de quienes la leyeren.

FIN.